

Discurso de inauguración

La curiosidad de mi bisabuelo Aquiles no conoció límites y prueba de ello era su despacho. Se trataba de una pequeña buhardilla a la que se accedía subiendo por unas estrechas y ruidosas escaleras. Tirabas de una pequeña cadenita para encender la luz del techo y ¡*voilà!*, te encontrabas con una inmensa colección de libros, maquetas, utensilios antiguos de toda índole y sobretodo, colecciones de las del periódico: mineralógicas, sigilográficas, numismáticas, entomológicas... incluso llegó a poseer más de mil figuritas en forma de rana. Y aunque era mecánico los que más lo conocían sabían que su pasión era contar sus historias y yo estoy aquí hoy, casi cien años después, para contar una de mis preferidas tal y como se la contó a mi madre y ella me la contó a mí.

En la década de 1920 los Exploradores de España reclutaron a más jóvenes de lo que hicieron nunca, y mi bisabuelo a la tierna edad de ocho años era uno de ellos. Se trataba de una asociación juvenil muy parecida a los *boy scouts* donde los niños aprendían valores cívicos y jugaban, dejando unas horas de paz a sus padres. En una de esas tardes bochornosas de verano propias de Murcia, él y sus amigos se refugiaron del calor entrando en la Catedral. Como niños que eran, se dedicaron a husmear todo lo que tenían a su alcance y acabaron por dar con uno de los secretos mejor guardados de esta tierra: al entrar en la Catedral, a la derecha, hay una puertecita. Muy pequeña y casi invisible. Suele estar cerrada, pero aquel día no lo estaba. Al abrirla sólo podían ver una gran boca negra, un pozo de oscuridad absoluta que hubiera asustado a cualquier niño o niña... pero no a un Explorador de España como mi bisabuelo. Fue el único en descender por las empinadas escaleras de caracol, armado con su cantimplora y una vela

robada de uno de los altares que utilizaba para alumbrar el camino. Descendió lo que a él le parecieron siglos hasta llegar por fin al final de la escalera. Se encontró con un pasillo recto que se extendía hasta el infinito y el cual le provocó un escalofrío.

El aire estaba viciado, como si nadie hubiera puesto allí un pie en años. Dio un par de pasos cuando le pareció ver a lo lejos un destello y decidió avanzar hacia él. Volvió a verlo a unos metros cuando hacía ciertos movimientos con la vela pero parecía alejarse cada vez más en aquel túnel oscuro hasta que por fin el destello se encontraba a sus pies. Lo que recogió del suelo fue un zapato muy antiguo, “esto debe ser parte de un tesoro”, pensó él, y se sentó en el suelo a estudiarlo con detenimiento. El destello que llevaba todo ese tiempo persiguiendo procedía de la hebilla de este, que se desprendió del cuero al poco de cogerlo. Se dedicó a lanzarla como si se tratase de una moneda varias veces y por fin se decidió a levantarse del suelo y regresar con sus compañeros. Entonces vivió el primer momento de estúpida incertidumbre de su vida: ¿por qué lado había llegado hasta allí? Llevaba mucho tiempo sentado, ensimismado en sus pensamientos, no había rastro de huellas ni restos de cera y estaba totalmente desorientado. Por primera vez tuvo miedo desde que había decidido explorar el túnel. Gritó intentando que sus compañeros lo escucharan pero no recibió respuesta y aunque un hombre sensato quizá hubiera decidido esperar a ser rescatado él no era un hombre sensato si no un niño de ocho años. Decidió dejarlo a la suerte y jugó al cara o cruz con la hebilla que había encontrado.

Derecha. Caminó hacia la derecha intentando espantar las imágenes de fantasmas y monstruos que había visto en los cómics y siguió caminando. El ambiente era espeso, húmedo y frío y cada vez estaba más seguro de que se había equivocado de

camino cuando escuchó, a lo lejos, unos pasos a su espalda. Pegó un brinco del susto, tiró la vela al suelo y corrió hacia el lado opuesto tocando el muro con una mano para guiarse. Estaba empapado de sudor y el corazón parecía que se le iba a salir por la boca pero no dejó de correr en ningún momento. Corrió lo que le parecieron horas, y de hecho debió ser mucho tiempo. Por supuesto, aquel pasadizo tenía un final y acabó dándose de bruces contra una puerta, que le provocaría una buena hinchazón en la frente los cuatro días siguientes. Consternado, la abrió y tanteando se encontró de nuevo con unas escaleras de caracol. ¿Había conseguido volver? Exhausto subió por ellas, llegó hasta arriba y al abrir la puerta para salir se encontró con algo que desde luego no esperaba.

Estaba en un lugar totalmente desconocido, una gran sala, majestuosa e imponente. Estaba en un castillo. ¿Por qué estaba en un castillo? No podía entender nada, quizá había viajado al pasado o estaba soñando, quizá incluso había encontrado un “mundo perdido”... Entonces se acurrucó en una esquina y rompió a llorar. Quería volver a casa pero no volver a recorrer ese largo pasillo hasta ella. Estaba tan cansado que acabó por dormirse entre sollozos.

Tanto yo como esta hebilla que tengo en la mano, ahora una reliquia familiar, estamos aquí, así que imaginan que la historia acabó bien. Mi bisabuelo no viajó en el tiempo si no que exploró los casi tres kilómetros de túneles que unían la antigua mezquita sobre la que se asienta la Catedral con el Castillo de Monteagudo. Esos pasos que escuchó eran los las autoridades que se encargaron de buscarlo y finalmente lo encontraron ya en el castillo, durmiendo. Esta es una historia que he escuchado desde

pequeña en cada comida familiar y debo puntualizar que si ese pasillo dio miedo más miedo pasó mi bisabuelo cuando mi tatarabuela fue a buscarlo al hospital.

Nunca llegué a conocerlo pero sí he conocido su legado, yo misma soy parte de él, así que en el treinta aniversario de su muerte decidí investigar estos túneles. Me costó redactar mil peticiones para que me dejaran bajar, y aunque ya me habían advertido que se habían derrumbado hacía mucho tiempo, fue un golpe duro encontrarme con esa realidad. Tenía mucha ilusión por recorrer los mismos pasadizos que había recorrido él y sentir como si viajara al pasado.

Ha sido un trabajo muy duro y varios años de trámites que han merecido la pena. Por suerte, gracias al trabajo de muchísimas personas, todos vosotros incluidos, hoy va a ser posible. Gracias a todo el equipo de historiadores, funcionarios, abogados y a las miles de firmas que hemos podido recoger estos años esta noche vamos a recorrer esos tres kilómetros igual que lo hizo él, y antes que él las gentes que lo utilizaron como vía de escape durante los asedios. Pero la historia de los túneles la dejo en manos de los especialistas que esta Noche de los Museos nos van a guiar a través de la oscuridad y finalmente nos conducirán al ahora restaurado Castillo de Monteagudo.

Por mi parte, yo seguiré contando las historias de mi bisabuelo en cada comida familiar y espero que así lo hagan mis hijos y nietos. De nuevo, gracias por asistir a esta inauguración y disfruten de esta noche.

Fdo: Lady Elm